

to hacia nosotros quien, aunque nos conquistó y redimió con su sangre y nos hizo siervos y esclavos suyos, sin embargo nos ama tanto que no quiere llamarnos siervos, sino amigos y hermanos suyos; y añade el mismo Concilio: «esta es una de las causas, y hasta nos atrevemos a decir la principal, para que siempre le reconozcamos, amemos y honremos como a verdadero Señor nuestro.»

Finalmente, para que nuestra esclavitud sea más suave cuanto más fiel, pone a María como medianera, pues por Ella, «que es espejo de justicia y trono de la sabiduría» quiso el Omnipotente que lo recibiéramos todo. Los Magos se llegaron al portal de Belén para adorar al Niño Jesús; y al entrar en aquel recinto, encontraron al Niño con María, su Madre. Ahora bien, la Iglesia es este recinto en el cual se encuentran Jesús y María. ¿Cuál es, pues, el culto cristiano, sino la religión del Hijo de María? Si, pues, no puede separarse lo que Dios unió, no se hallará ciertamente a Jesús, sino con María y por María. (Allocución de Pío X, 12 de noviembre 1910.) Por lo cual con María y por María somos ofrecidos como esclavos voluntarios a Jesucristo, la Sabiduría Encarnada.

Lo que tan ardientemente habla deseado el bienaventurado escritor, a saber, que los que practicasen esta devoción formaran una Confraternidad, lo consiguieron felizmente los Misioneros de la Compañía de María en 1899. El día 25 de marzo del mismo año, fiesta de la Anunciación de María, solemnidad principal de tan recomendada devoción, el fervoroso amante de la Madre de Dios, Ilustrísimo y Reverendísimo señor don Tomás Duhamel, Arzobispo de Ottawa (Canadá) erigió canónicamente dicha Confraternidad bajo el título de María Reina de

los Corazones, en la iglesia de los Misioneros de la Compañía de María. Después, siguiendo este ejemplo, le siguieron otros en sus respectivas diócesis, lo cual hizo también en Roma el Cardenal Vicario por decreto dado el 16 de junio de 1906. Este centro romano establecido en nuestro oratorio público dedicado a María de la Anunciación, Reina de los Corazones, fue enriquecido con varias indulgencias y gracias espirituales por Letras Apostólicas de nuestro Santísimo Padre el Papa Pío X, dadas el 1.º de febrero de 1910; y condescendiendo con nuestras peticiones encaminadas a la consecución del establecimiento del centro principal de nuestra piadosa Cofradía en la Ciudad eterna, centro del orbe católico, elevó por nuevas Letras Apostólicas, dadas el 27 de abril de 1913, dicha Cofradía en la categoría de Archicofradía, con los acostumbrados privilegios perpetuamente valederos, y concedió al mismo tiempo pertenamente a los Rectores presentes y futuros de esta Confraternidad, erigida en Archicofradía, agregar a esta Archicofradía todas las Asociaciones de este mismo título e institución, tanto existentes como las que con el tiempo se erigieren, y el que participe de todas las indulgencias, remisión de pecados, relajación de penitencias concedidas o que en adelante se concedieren por la Sede Apostólica a la referida Archicofradía, de las cuales puedan participar las otras Confraternidades.

Finalmente, la S. Congregación del Concilio, con la autoridad de N. S. P. el Papa Pío X, el día 19 de diciembre de 1913 nos concedió una facultad, en virtud de la cual, delegamos al Procurador General de nuestra Compañía de María *pro tempore*, residente en Roma, para que haga nuestras veces para con

dicha Archicofradía.

Debiendo, pues, según lo exige nuestra profesión, procurar por todos los medios la salud espiritual de los fieles y el aumento de la piedad y religión, unimos y agregamos libremente a nuestra Archicofradía todas las Confraternidades de este mismo instituto, comunicando a éstas todas las indulgencias, facultades e indultos, según la facultad a nosotros concedida por los Sumos Pontífices. . . .

Finalmente, queremos que todos los fieles de uno y otro sexo agregados a la mencionada Archicofradía o que en adelante se agregaren, participen en el Señor de todas las buenas obras practicadas por todos los miembros de la familia de nuestro bienaventurado Padre y fundador, el beato Luis María Grignon de Montfort, o sea por los Misioneros de la Compañía de María y por los Coadjutores de la misma, y así mismo por las religiosas de la Congregación de Hijas de la Sabiduría, lo que hacemos en cuanto nos es posible. . . .

De la Iglesia

La Imprenta de San José

hace saber a su clientela que los talleres se cerrarán, como de costumbre, del 15 del entrante al 15 del próximo mes de enero.

Se ruega a las personas que tuvieren necesidad de algún trabajo, con ocasión del año nuevo, tener en cuenta esta disposición que exige la salud del personal después de 11 meses de intensa labor.

FOLLETIN DE «ECO DE ORIENTE»

Cosas del campo

Por Sergio Riveros C.

—Camine hija nos tomamos la chicha, dice Adolfo a su dulce compañera quien le responde con una sonrisa:

Ahorre sumercé más bien para comprarle el sombrero a la niña.

Para todo da Dios; vamos a la tienda de ña Candelaria que debe estar dulce y así no nos pondremos chispones. Nueva sonrisa asoma a los labios de clavel de Ruperta y volviéndolo a mirar con esos ojos de ébano le dice: Vamos pero aprieta con eso cogemos camino tem-

prano. ¡Pobres mis chiniticas, cómo estarán! . . .

Son las cuatro de la tarde, y los campesinos como enjambres de abejas, salen de la población. Adolfo ya sube la cuesta del río entonando alegres canciones al compás de bambucos y galerones mientras que Ruperta animó a Jesús para que ande aprisa. Cuando salvan la cuesta dan un gran resuello y, principiando a tocar un torbellino, se vuelve Adolfo hacia Ruperta y entonces esta copla:

Esos tus ojitos negros
Mi gloria y mi dicha son,
Morenita de mi vida
Prenda de mi corazón.

—Calláte alguna vez, jatancioso, le dice su conyuge, mientras que con una mirada le habla cosas tan dulces que las palabras no podrían expresar.

El sol se oculta tras los últimos

montes y el campo se envuelve en una gasa de oro; acaricia la paloma sus hijuelos y goza en sus horas de silencio. ¡Tardes orientales! tardes de mi país, siempre bellas, llenas de murmullos y perfumes!

Arriba en una loma, entre arrayanes y salvios forman un lindo grupo Abigail, Ana Rita y Emma a quien tienen en las rodillas, esperando a sus padres; los dos perros, tendidos a los pies de ellas, oyen un leve ruido y bajan, latiendo al estrellido, mas de repente los latidos se vuelven agazajos y caricias. Ya asoman al arroyo los dos esposos, y las niñas corren a encontrarlos. Llegan a la casa y a poco rato se ven los bueyes en el potrero que paso a paso van a buscar el demás ganado. La luna se levanta majestuosa, esparciendo sus hilos de plata y mirándose en el seno de los ríos; lucen como brilladora escarcha las gotas de rocío en el